

taurador José Bueno y del exresponsable del Museo de la Trinidad, el conde de Quinto. También los pintores como León y Escosura, Fortuny, Beruete, Zuloaga, Rusiñol, Degas, Sargent, Millet o los estudiosos como Justi, Marañón, Vives o Gómez Moreno aprovecharon la coyuntura. Los casos se podrían repetir hasta la saciedad. Alguna vez saltó el escándalo a la prensa por el empobrecimiento cultural. España se convirtió en el paraíso de los marchantes. Cuando Cossío publicó su monografía en 1908, el Greco iba ganando puntos y sus cuadros se revalorizaban. Ya solo podían acudir a subastas españoles adinerados como Lázaro Galdiano, el marqués de Pidal, el marqués de Cerralbo o el marqués de la Vega Inclán – fundador de la Casa del Greco en Toledo- y sobre todo franceses, que tenían muchos Grecos a mano. En París estaban depositadas las colecciones – con Grecos- de la familia Madrazo y la de Zuloaga antes de su dispersión. Así se explica que en el primer tercio del siglo XX París concentrara el mayor número de “grecófilos”. Pasaban de mano en mano por galerías, casas de subastas y comisionistas. Muchas de estas colecciones, con el tiempo, fueron vendidas por los herederos. Después del crack del 29, los que tenían más dinero eran los norteamericanos. Nueva York sucedió a París. Al cabo del tiempo, estas colecciones privadas se fosilizaron en fundaciones privadas o se incrustaron en las colecciones de museos públicos.

Versión extendida: [http://www.mcu.es/archivos/MC/AHN/Actividades\\_PiezaMes.html](http://www.mcu.es/archivos/MC/AHN/Actividades_PiezaMes.html)

Texto: Ignacio Panizo Santos. Archivo Histórico Nacional  
Diseño cubierta: La Azotea

Carta del pintor-restaurador Matías Moreno al cardenal arzobispo de Toledo Antolín Monescillo sobre el precario estado de conservación del “Entierro del conde de Orgaz”. Toledo, 6 de octubre de 1892.  
Archivo Histórico Nacional.  
DIVERSOS-COLECCIONES,17,N.1477

Rollo 310/1918 del sumario 684/1917 incoado por el Juzgado de Instrucción del distrito del Congreso de Madrid contra Antonio Herreros Molina, autor del artículo “Por tierras castellanas. Un cuadro del Greco desaparecido”, publicado en el periódico *El Parlamentario*. 1917-1918.  
Archivo Histórico Nacional.  
FC-AUDIENCIA\_T\_MADRID\_CRIMINAL,158,Exp.6

Catálogo de una pinacoteca española conservada en París y Blois.  
En el número 8, “Jesús en el Monte de los Olivos”, del Greco.  
4 de septiembre de 1844.  
Archivo Histórico Nacional.  
DIVERSOS-COLECCIONES,271,N.38

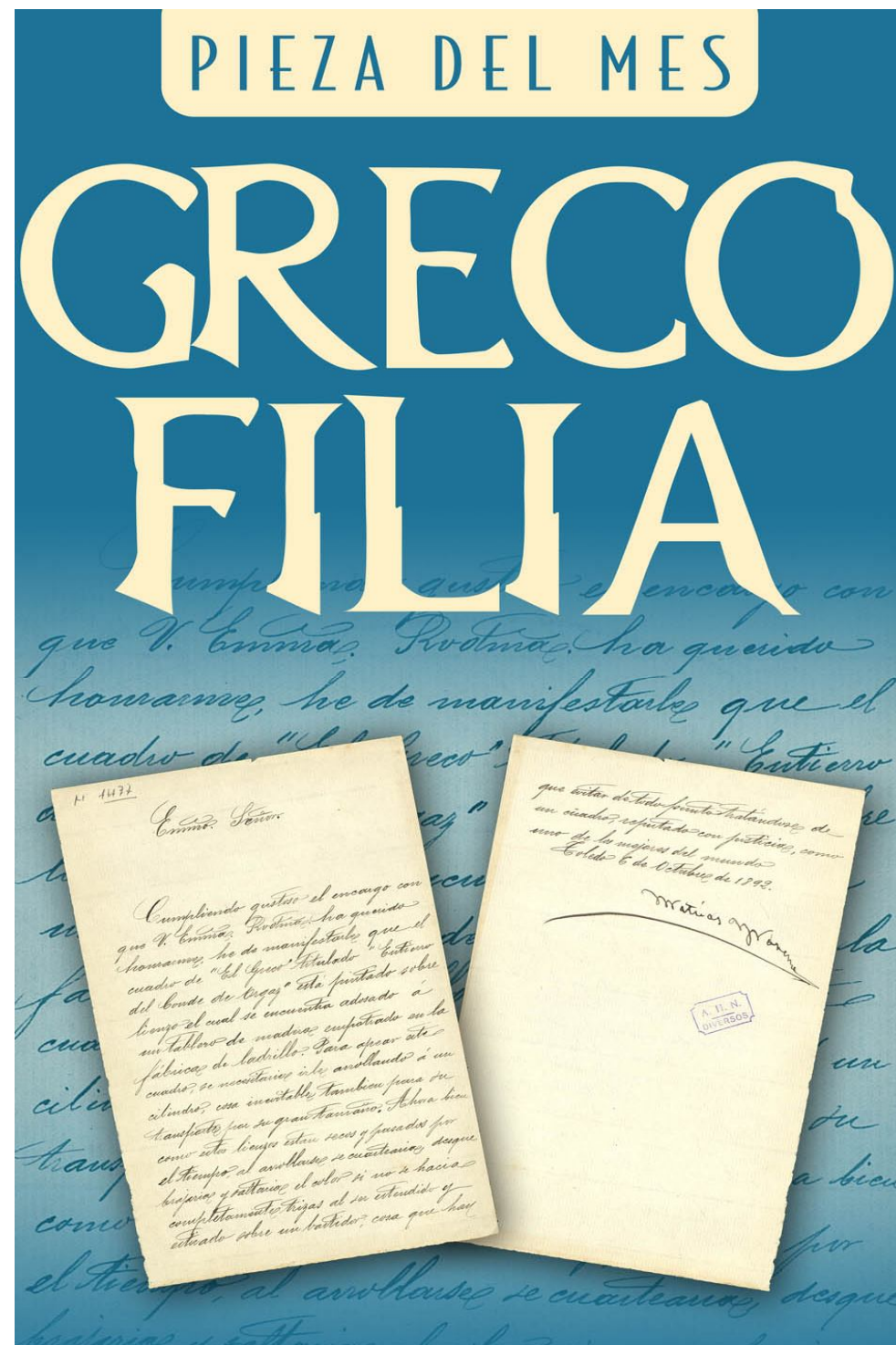


GOBIERNO  
DE ESPAÑA

MINISTERIO  
DE EDUCACIÓN, CULTURA  
Y DEPORTE

SECRETARÍA  
DE ESTADO  
DE CULTURA

Archivo Histórico Nacional  
C/Serrano, 115. 28006 MADRID  
<http://www.mecd.es>



## **GRECOFILIA**

No hay nada más universal que el Arte. Hasta bien entrado el siglo XIX, el arte italiano era el referente, el modelo a seguir, tan valorado dentro como fuera, de ahí el dicho “Ex Roma lux”. Pero a finales del siglo XVIII bastó con que se conociera la existencia de unos pintores españoles gracias a Ceán y a otros tratadistas, para que la megalomanía de Napoleón quisiera concentrar en París, cual nueva Roma, lo mejor de la producción artística europea, incluida la española.

Allá por donde pasaron Napoleón, su hermano José y sus generales, aprovecharon la ocasión para enriquecerse en Arte. Tenían muchos filones a mano: conventos desamortizados, las colecciones regias repartidas por diversos sitios reales y los secuestros de las casas nobles que no habían jurado fidelidad al nuevo rey. Ya que había situado a su hermano en el trono español, José tenía que agradecerse con un especial regalo de cincuenta obras escogidas de veinticinco pintores para componer el núcleo del Museo Napoleón. Lo hizo público en un decreto de 20 de diciembre de 1809, aunque tuviera que contradecirse. En septiembre de 1809 su ministro Mazarredo había tratado con él la exportación de cuadros y la renovación de las prohibiciones de salida. Lo primero que había que hacer era inventariar todo, a continuación concentrar lo valioso en un sitio bajo control y por último repartir. Las dos primeras fases, el registro de las riquezas, su embalaje y transporte, generaron muchas complicaciones dada la cantidad de emplazamientos, la falta de recursos y el ambiente bélico. Fue encomendada en primer término a Frédéric Quilliet y luego a Goya, Maella y Nápoli. Detrás estaba la alargada sombra de Napoleón que controlaba desde la distancia el proceso incautador a través del director del Louvre, Denon.

Tampoco fue fácil confeccionar la lista de los cincuenta cuadros. Quilliet había localizado en El Escorial cuatro obras del Greco: “El purgatorio”, “Los desposorios”, “San Ambrosio” y “San Pedro”, y en el monasterio de Montserrat de Madrid inventarió una “Oración en el huerto”. Una primera lista, ideada por Quilliet y fechada el 6 de septiembre de 1810 incluía dos Grecos: “La coronación de la Virgen” y “San Pedro”. Alegando que algunos cuadros no estaban en óptimo estado de conservación, hubo cambios en la lista. Sobrevinieron otras consideraciones que debían ser sopesadas, como el proyecto de abrir un museo de pintura en Madrid con los mejores pintores. Fue entonces cuando a Quilliet le relevaron Goya, Maella y Nápoli. La nueva lista, fechada el 24 de septiembre de 1810, ya no contenía ningún Greco. Como sintetiza María Bolaños, de aquí arranca “la leyenda según la cual eligió para la exportación las obras más mediocres y estropeadas”.

Los avatares bélicos no facilitaron el envío a París. Se produjo en la primavera de 1813. Muchos no se colgaron por el mal estado en el que llegaron o porque no se consideraron dignos de aprecio. Aún así, el Museo Napoleón tuvo un efecto positivo en la valoración del arte español, hasta entonces prácticamente ignorado. Al

mismo tiempo, a París iban llegando las pinturas que habían traído en sus equipajes José Bonaparte y los generales franceses. Los más admirados eran Velázquez, Murillo y Ribera. El Greco no tenía cabida y aunque era conocido por los expertos, se consideraba un pintor de segunda fila.

A la caída de Napoleón, su Museo fue disuelto. Los cuadros se vendieron. Este remanente fue a parar a manos de banqueros o de la monarquía burguesa de Luis Felipe de Orleans, también aficionado a la pintura española, también promotor de una Galería Española. Luis Felipe quería emular a Napoleón pero como su colección se había desperdigado, utilizó los conocimientos del barón Taylor y dos pintores con buenos contactos en España, Dauzats y Blanchard, para medrar en nuestro país. La ocasión les fue propicia, ya que coincidió con la desamortización de 1837 y en general, con un contexto social de gran carestía y empobrecimiento. Sin grandes gastos, el rey francés se hizo con una magnífica colección de pintura española en donde había nueve Grecos.

En mayor o menor medida, todos se lucraron. Como el infante Sebastián de Borbón que aprovechó sus influencias para comprar hacia 1830 “la Asunción”, “San Benito” y “San Bernardo” del Greco en el retablo de Santo Domingo el Antiguo, al tiempo que su intermediario Valeriano Salvatierra se quedaba con “la Trinidad” y daban el cambiazo moviendo unos cuadros de emplazamiento y colgando unas réplicas para que nadie se percatara. Así se puso de moda entre las comunidades religiosas empobrecidas el echar mano de su tesoro artístico para salir de los apuros diarios y conseguir dinero antes de verse expropiadas. Quien dio el paso, con gran escándalo, fue la catedral de Valladolid al vender un “San Jerónimo” y “Un caballero santiaguista”, del Greco, entre 1904 y 1908. Hubo más casos documentados. Otras, por el contrario, se percataron de que poseían un tesoro incalculable y desde entonces lo mimaron y le sacaron rendimiento a través del turismo, como los Grecos de la catedral de Toledo o “El entierro del conde Orgaz”. Obras que durante siglos habían estado en sagrado o en salones palaciegos salían fuera de sus puertas y veían la luz. Muchas se perdieron por la incuria, otras muchas pasaron a chamarileros y mercachifles.

París era la capital de la cultura europea y allá se iba concentrando una impresionante cantidad de preciosidades artísticas procedentes de España. Al caer la monarquía de Orleans, se le devolvieron los cuadros, que fueron subastados en Londres en 1853. De este modo se expandía el gusto por el Greco a Inglaterra y no tardaron en surgir conocedores y coleccionistas como William Stirling Maxwell. Pero seguía siendo la ciudad de la luz la que atraía todo lo que de bueno había en Europa vendible.

La desamortización de 1837 fue una ocasión inigualable de la que se aprovecharon los entendidos, que tenían que hacerse cargo de tanta obra de Arte. Al mismo tiempo se quedaban con otras para su propio disfrute. Es el caso de los Madrazo, poco amantes del estilo grequense pero aún así, coleccionistas del mismo; del res-